

Una Montaña entre La Habana y Santander: el imaginario regional montañés a ambos lados del Atlántico, 1868-1931

Enrique Rodríguez Pereda
Universidad de Cantabria

El objetivo de este trabajo es conocer el papel de los indianos montañeses en el proceso de construcción de un imaginario regional durante el último tercio del siglo XIX y primero del XX. Bien como sujeto pasivo, es decir, como consumidores de la cultura procedente de su tierra de origen y difusores de la misma, bien como sujetos activos y partícipes en la creación del imaginario regional o como propagadores conscientes del mismo. Con imaginario nos referimos al repertorio de identificadores artísticos que se vincularon con lo montañés o cántabro, y que en muchos casos perviven hoy en día. Nos centraremos en la Provincia de Santander, un estudio de caso ya iniciado y para el cual se ha recurrido a la literatura de la época, a las escrituras del yo (correspondencia y autobiografías, principalmente) y a publicaciones periódicas españolas y americanas. Más concretamente fijaremos nuestra atención en los indianos emigrados a Cuba, y en una publicación cubana creada por y para indianos, la revista *La Montaña* de La Habana.

El poder indiano

El fenómeno de la emigración hacia América comenzó en el siglo XVI y creció de manera paulatina hasta intensificarse a lo largo del siglo XIX. La relación entre los miembros de la familia a un lado y otro del Atlántico permitía mantener las relaciones interpersonales y conformar una “memoria familiar” que vinculaba a todos los miembros a lo largo del tiempo, especialmente cuando se alcanzaba el éxito y se convertían en verdaderos ejemplos de la burguesía de los negocios. Entre 1845 y 1900 se produjo la salida de cerca de 95.000 personas desde la Provincia de Santander hacia América, una cifra notable si tenemos en cuenta que la población de la Provincia era de 276.000 habitantes en 1900¹. Muchos de esos emigrantes retornaron, pero se puede percibir el impacto del fenómeno migratorio en una sociedad como la montañesa, en la que en todos los campos de la vida privada y pública se insertó la emigración con naturalidad.

El surgimiento de un nuevo grupo de poder en las colonias españolas del Caribe afectó directamente a la Provincia de Santander, cuya élite burguesa se concentraba en la capital y mantenía intereses económicos vinculados al resto de Castilla. El comercio a través del puerto de Santander de harinas y pequeñas manufacturas, así como el transporte de pasajeros, concentró a un puñado de familias que coparon la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de la capital y que, pese a la diversificación de la economía regional de la mano de la industrialización y la creación de una banca moderna, no vieron alterada su

¹ Consuelo SOLDEVILLA ORIA: *La emigración de Cantabria a América. Hombres, mercaderías y capitales*, Santander, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander – Ediciones de Librería Estvdio, 1996, pp. 98-99.

posición². El retorno de algunos indianos y la repatriación de capitales pusieron en cuestión el control de las instituciones regionales por parte de la citada burguesía montañesa, pero el desarraigo de los indianos que alcanzaron mayores cotas de poder (nobleza titulada, altos cargos de la administración) redujo las tensiones. Estos últimos se limitaron a mantener una residencia de verano en la Montaña y a realizar breves visitas, sin implicarse en los asuntos políticos regionales.

La mayor parte de indianos que retornaron a la Provincia de Santander se centraron en el desarrollo inmobiliario y de infraestructuras, el fomento de una incipiente industria turística y la inversión en algunas industrias de manera tangencial. El retornar del indiano típico suponía la construcción de una residencia en su pueblo con todos los avances del momento, la realización de obras de caridad en la comarca circundante y cierta participación en la vida pública como figura respetada; o eso es lo que se fijó en el imaginario colectivo³. Un breve acercamiento a las publicaciones de la época permite comprobar que muchos de estos indianos fueron recibidos con recelo, pues se les veía como nuevos ricos, prepotentes, con escaso o nulo gusto estético y escasa formación para su nueva posición social.

La primera referencia a los indianos como tipo social es de 1839, cuando en el *Semanario Pintoresco* apareció un artículo titulado “Costumbres de la Habana”, en el que se relataba la llegada de un joven a la capital cubana con intención de hacer fortuna y unas cartas de recomendación que le permitirían conseguir un trabajo en el negocio de unos conocidos⁴. El joven, como muchos otros emigrantes, fracasó en su intento. Como veremos a continuación, estos fracasos quedaron en un segundo plano frente a las historias de triunfo de otros emigrantes, un ejemplo a seguir para muchos montañeses durante la mayor parte del siglo XIX e inicios del XX. Pero, triunfos mediante, los escritores de la segunda mitad del siglo XIX representaron a los indianos como nuevos ricos deseosos de mostrar su estatus en un acto de ostentación reprochable. Incluso el escritor José María de Pereda, cuya fortuna y negocios procedían del éxito de su hermano Juan Agapito en La Habana, no siempre mostró una imagen positiva de los indianos enriquecidos⁵. Unos forasteros, en definitiva, que pretendían mediar en una sociedad jerarquizada en cuya cúspide se encontraban los caciques locales. Esta consideración de forasteros dio lugar a la presentación del indiano como un individuo ajeno a su tierra y que, si alguna vez albergó las características más positivas del paisanaje del lugar, se había corrompido por culpa de la modernidad conocida al otro lado del Atlántico. El trasmerano Laureano Falla Gutiérrez, uno de los hombres más ricos de Cuba, se lamentaba de que a los emigrantes que regresaban a Cantabria se les trataba “con indiferencia, no sólo a los que fueron desde aquí benefactores sino también, y es lo más triste, a los infelices que ansían en su vejez desamparada o en infortunio respirar los aires que respiraron al nacer”⁶.

² Aurora GARRIDO MARTÍN: *Cantabria 1902-1923: elecciones y partidos políticos*, Santander, Universidad de Cantabria – Asamblea Regional de Cantabria, 1990, pp. 148-150.

³ Luis SAZATORNIL RUIZ: “Arte y mecenazgo de los indianos montañeses: Santoña, Comillas, Valdecilla (1820-1930)”, en Luis SAZATORNIL RUIZ (coord.): *Arte y mecenazgo indiano: del Cantábrico al Caribe*, Gijón, Trea, 2007, pp. 42-43.

⁴ Salvador GARCÍA CASTAÑEDA: *Los montañeses pintados por sí mismos*, Santander, Concejalía de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Santander – Ediciones de Librería Estvdio, 1991, p. 237.

⁵ *Ibid.*, p. 245.

⁶ “La carta del Sr. Falla Gutiérrez”, *La Montaña*, 18 de noviembre de 1916, p. 3.

Adalides de la modernidad industrial, los indianos representaban también una nueva sociedad muy distinta y vinculada, en el imaginario colectivo, a episodios de violencia política y a la conflictividad de algunas de las industrias que se expandían por la región. Industrias, es necesario decir, establecidas y financiadas por destacados tradicionalistas pertenecientes a familias hidalgas⁷. Lo que es incuestionable es el poder económico indiano, capaz de acabar con los recelos de una burguesía que acabaría emparentando con ellos. La participación de otros indianos en industrias culturales y en la fijación de Santander en una de las capitales de veraneo del norte de España contribuyó a cambiar sustancialmente su imagen; sirva de ejemplo el flamante marqués de Valdecilla, Ramón Pelayo de la Torriente, que en 1916 aparte de su marquesado fue titulado simbólicamente “Duque de Cantabria” por la escritora Concha Espina⁸.

Gracias a este cambio de consideración, los indianos “forasteros” fueron paulatinamente sustituidos por los indianos “benefactores”. Lo cual fue acompañado de la entrada en los organismos de representación de los intereses económicos regionales (Cámara de Comercio, Diputación y Ayuntamientos) y la ya mencionada imbricación con las familias burguesas. Ni a los escritores ni a la sociedad cántabra en su conjunto les interesaron las actividades que permitieron a los indianos enriquecerse, sólo el regreso de los adinerados, para loarlo o para detestarlo, fue destacado. Esta circunstancia fue amplificada por la prensa, en la que los indianos comenzaron a participar activamente para promocionar su imagen e influir positivamente en política, sociedad y negocios, destacando los marqueses de Comillas y Valdecilla⁹. Llegado el cambio de siglo y pasado el Desastre de 1898, los indianos montañeses fueron considerados un ejemplo a seguir, y su estatus no sería puesto en duda ni siquiera por el grueso del republicanismo o del movimiento obrero regionales.

Imagen regional e imagen indiana

La segunda mitad del siglo XIX se correspondió con una época en el que las manifestaciones artísticas recurrieron a la región, a lo regional, como elemento central de sus representaciones. En un periodo de grandes transformaciones, episodios violentos como la Revolución Gloriosa, la Comuna de París o la incipiente conflictividad obrera y las transformaciones profundas producidas por la industria y los nuevos medios de transporte generaron una inquietud a la que la idealizada arcadía rural vino a responder¹⁰. El mundo rural, utópico, vendría a simbolizar una forma de organización humana aún no perturbada por los vicios de la modernidad, una comunidad idílica y sin conflictos que sabría vivir obteniendo de su entorno lo necesario en sintonía con la naturaleza¹¹. A la par

⁷ Es el caso de José María Quijano Fernández-Hontoria. Sara del HOYO MAZA: *De la harina al acero. José María Quijano y las Forjas de Buelna (Cantabria, 1873-1914)*, Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria, 2020, pp. 49-52.

⁸ Concepción RODRÍGUEZ-ESPINA GARCÍA-TAGLE: “Duque de Cantabria”, *La Montaña*, 10 de mayo de 1927, pp. 7-8.

⁹ Luis SAZATORNIL RUIZ: “Arte y mecenazgo...”, pp. 61-63.

¹⁰ Joep LEERSEN: “Region”, en Manfred BELLER y Joep LEERSEN (eds.): *The cultural construction and literary representation of national characters. A critical survey. Edited by Manfred Beller and Joep Leerssen*, Ámsterdam, Rodopi, 2007, p. 412

¹¹ Miguel CABO VILLAVERDE: “Mundo rural, nacionalismo y nacionalización”, en Félix LUENGO TEIXIDOR y Fernando MOLINA APARICIO (eds.): *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2016, p. 151.

que se producía este proceso de alejamiento de lo urbano e industrial, la crisis económica de finales del siglo XIX puso en cuestión la acomodación de la burguesía montañesa en las redes oligárquicas castellanas. Esto implicó que, por primera vez, los escritores miraron hacia el interior de la región, una respuesta material y simbólica frente a la nueva situación socioeconómica en la que las grandes industrias metalúrgicas, químicas y mineras comenzaban a predominar frente a las pequeñas fábricas y a las redes comerciales con Castilla¹².

No se puede obviar que paralelamente se sucedía el despliegue efectivo de la nacionalización en España por parte del Estado, aumentando la presencia de las instituciones públicas y de los espacios de socialización nacionales en comunidades donde hasta entonces no estaban presentes. La toma de lo regional como muestra de lo vernáculo se produjo también en respuesta a ello, como medio para garantizar la especificidad del territorio dentro del conjunto del Estado y de la nación¹³. El auge de la vía “historicista” de legitimación de la nación, proponente de la “constitución interna”, contribuyó a la necesidad de definir las particularidades de lo español en campos como la historia, el arte y la literatura con renovada fuerza¹⁴. Una particularización, en definitiva, dentro de la nación española, que excluida de ella no habría tenido sentido.

En el campo de las letras el proceso se había iniciado ya con el costumbrismo romántico. Xavier Andreu ha destacado cómo en la literatura y la prensa costumbristas, y en otros ámbitos como la zarzuela, “empezaban a esbozarse los rasgos propios de las diversas regiones peninsulares”¹⁵. Juan Pablo Fusi, en la misma línea, afirmó que “la literatura costumbrista había sido literatura regional, incluso aunque lo hubiese sido falsamente, esto es, plagada de estereotipos y pintoresquismos tópicos”¹⁶, destacando la importancia de la prensa regional en la formación de las opiniones públicas locales. Pero hubo que esperar a la Restauración para que esa definición se perfilase y desarrollase; más concretamente, serán la novela realista y naturalista los campos más fructíferos en el devenir de ese proceso.

Los escritores más populares del último tercio del siglo XIX y principios del XX, como Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, José María de Pereda o Juan Valera tomaron diferentes referencias regionales y con ellas construyeron imaginarios regionales y/o comarcales dentro de los cuales transcurrían sus obras. *Peñas Arriba* (1895), de Pereda, pretendía recrear (y acabó creando) la sociedad típica de un valle montañés, enmarcado

¹² Manuel SUÁREZ CORTINA: *Casonas, hidalgos y linajes: la invención de la tradición cántabra*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994, pp. 26-27.

¹³ Contamos con estudios de caso de tres estados europeos (Francia, Alemania e Italia), pero no con ningún estudio específico para España. Anne Marie THIESSE: *Ils apprenaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique*, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1997; Stéphane GERSON: *The Pride of Place. Local Memories and Political Culture in Nineteenth-Century France*, Ithaca, Cornell University Press, 2003; Celia APPLGATE: *A Nation of Provincials: The German Idea of Heimat*, Berkeley, University of California Press, 1990; Antonio PASINATO: *Heimat: identità regionali nel processo storico*, Roma, Donzelli Editore, 2000.

¹⁴ Juan PRO RUIZ: *La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 2019, pp. 173-176.

¹⁵ Xavier ANDREU MIRALLES: *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus, 2016, p. 294.

¹⁶ Juan Pablo FUSI AIZPURÚA: “Centralismo y localismo: la formación del Estado español”, en Guillermo GORTÁZAR ECHEVERRÍA (coord.): *Nación y estado en la España liberal*, Madrid, Noesis, 1994, p. 86.

en un paisaje determinado y con una estética propia que acabaría convirtiéndose en el estándar cuando se hablase de los valles de Cantabria¹⁷. Estos imaginarios literarios acotaron cuáles serán los rasgos distintivos de una y otra región, de una y otra comarca, de uno y otro valle, seleccionando los más favorables según su consideración y desechando los menos integrados en el conjunto de tal manera que su vigencia permanece en la actualidad. El propio nombre de *Cantabria*, que no sustituyó al de *La Montaña*, representa el éxito del proceso.

La difusión de la literatura gracias al formato del folletín, al aumento de la alfabetización y al incipiente surgimiento de una industria editorial conllevó la extensión de estos imaginarios entre los lectores y el público general. Estas referencias literarias y artísticas también fueron conocidas en América, donde las comunidades de españoles emigrados consumían la literatura producida en España y la prensa periódica que incluía imágenes, grabados y representaciones de todo tipo¹⁸. Sabemos, por tanto, que los indianos en su papel de lectores tuvieron acceso al imaginario literario regional. Pero más allá de sujetos pasivos, también fueron sujetos activos. Encontramos casos tan destacados como el de Delfín Fernández y González, secretario personal del segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru. Fernández publicó *El riñón de la Montaña* en 1900, una novela de costumbres regionales montañesas en la que explicita que “quedarían, pues, muchas regiones en la Montaña, no dadas á conocer por el gran escritor [José María de Pereda], concediendo que en cada uno de sus libros se hubiera referido á una diferente de las demás”¹⁹. Su intención con la novela no era otra que continuar el proceso iniciado por Pereda de representación de la vida montañesa para aquellos ajenos a ella, un ejemplo del papel activo y consciente en la creación del imaginario regional.

Como se ha señalado, las estampas bucólicas pintadas por Pereda y otros fueron asumidas por los indianos en su idealización de la Montaña y sus paisajes. En sus retornos vacacionales buscaban las mismas escenas que en las novelas y en los grabados de la prensa, y la fotografía, un pasatiempo producto de la modernidad tecnológica, contribuyó a ello. En la autobiografía novelada de Francisco Fernández Zorrilla, *Un indiano. Cómo se gana dinero en América* (1902), éste traza un recorrido vital muy similar al del estereotipo indiano por antonomasia, destacando su conocimiento de las novedades mecánicas e industriales europeas, por un lado, y su deseo de casarse con una montañesa y posteriormente retirarse a Cantabria hasta el fin de sus días, por el otro. La región como representación del vientre materno, de la fecundidad femenina, opuesta a la patria y a la virilidad masculina fue un recurso común en la literatura de la época y que alcanza especial relevancia en la literatura de indianos²⁰.

¹⁷ Luis Felipe DÍAZ LARIOS: “La creación literaria: poesía, novela, teatro y literaturas regionales”, en Pedro LAÍN ENTRALGO y Carlos SECO SERRANO (eds.): *España en 1898. Las claves del Desastre*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1998, pp. 122-124; Jean LE BOUILL: “El propietario ilustrado o patriarca en la obra de Pereda”, en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *La cuestión agraria en la España contemporánea*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1976, p. 327.

¹⁸ José ÁLVAREZ JUNCO: “The Nation-Building Process in Nineteenth-Century Spain”, en Clare MAR-MOLINERO y Angel SMITH (eds.): *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula. Competing and conflicting identities*, Oxford, Berg, 1996, p. 105; Jean LE BOUILL: “El propietario ilustrado...”, p. 322; Francisco CAUDET ROCA: *El parto de la modernidad. La novela española en los siglos XIX y XX*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2002, p. 136.

¹⁹ Delfín FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *El riñón de La Montaña*, Barcelona, L. González y Compañía, 1900, pp. 4-5.

²⁰ Luis SAZATORNIL RUIZ: “Arte y mecenazgo...”, pp. 36-37.

Los trajes regionales, en proceso de estandarización, fueron incluidos en estas estampas. Las vestimentas de las amas de cría o los atuendos marineros distinguían a uno u otro grupo social en libros y revistas, una distinción no tan evidente para los propios montañeses. Gustavo Morales señalaba en 1919 que en Trasmiera “ya no hay aldeanos, o por lo menos no lo parecen. Ni ellos ni ellas visten de campesinos; el uso general de la boina democratiza a los de arriba, pero no sirve para señalar diferencias de la ciudad y del campo o de la condición social de cada uno”²¹. Los cuadros de temática regional, en los que se popularizaron paisajes surgidos de la literatura y se comenzaron a incluir los trajes típicos, cruzaron el Atlántico gracias a la iniciativa indiana. En mayo de 1924 se celebró en La Habana una exposición de cuadros pertenecientes a la denominada “Escuela Montañesa”, una iniciativa surgida de los indianos montañeses y la prensa en la que destacaron las escenas de aldeanos vestidos con trajes típicos²².

Pero no sólo escritores regionales y emigrados participaron de esta construcción y difusión del imaginario regional. Benito Pérez Galdós, veraneante habitual y posterior residente a tiempo parcial de Santander, contribuyó con novelas como *El abuelo* (1897) a popularizar la imagen del indiano y el choque entre los males de la modernidad (la lucha de clases, el caciquismo, la pobreza) y los del mundo tradicional (el adulterio y sus consecuencias, la búsqueda de una esposa) en un panorama idílico montañés en el que la modernización avanza inexorablemente pero que sigue sin perder el tipismo que unas décadas antes se había definido como característico²³.

Finalmente, es necesario señalar una importante contradicción que acompañó a los indianos en su participación en la vida pública. Si ya se mencionó la dicotomía entre la añoranza del pueblo de origen en América y el posterior asentamiento fuera de la Montaña, se da un proceso similar en lo que a la política se refiere. Frente a la idealización de la sociedad antiguorregimental y las estructuras de poder jerárquicas, aquellos que regresaron de América tendieron a un “apertura moderado” que permitiera medrar económica y socialmente a aquellos que verdaderamente se lo merecieran²⁴. Una posición incompatible con la sociedad rural idealizada.

El papel de la prensa: la revista *La Montaña*

Una publicación representativa por su calidad, trayectoria histórica e impacto es la revista *La Montaña*, publicada en La Habana entre 1915 y 1954. Creada por indianos y destinada a la comunidad montañesa de Cuba, *La Montaña* ejerció al mismo tiempo de portavoz de los intereses económicos de los indianos montañeses, de escaparate de sus obras de beneficencia y contribuciones a su tierra natal, y de nexo de unión entre la tierra y sus hijos asentados en Cuba. En ella encontramos breves notas de prensa, sucesos de sociedad, historias costumbristas, cuentos, leyendas y algunos editoriales en defensa de los intereses montañeses. Repleta de ilustraciones, entre ellas destacan los paisajes montañeses y las fotografías de paisanos y paisanas vestidos con trajes regionales en contextos bucólicos: la siega, el trasiego de ganado, las romerías, los mercados, etc. El surgimiento

²¹ Gustavo MORALES RODRÍGUEZ: *La Montaña. Añoranzas*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1919, p. 66.

²² “Nuestro saludo. Ricardo Bernardo en La Habana”, *La Montaña*, 11 de mayo de 1924, p. 19.

²³ Yolanda ARENCIBIA SANTANA: *Galdós. Una biografía*, Barcelona, Tusquets, 2020, p. 455.

²⁴ Salvador GARCÍA CASTAÑEDA: *Los montañeses...*, p. 244.

de *La Montaña* se encuadra dentro de la actividad asociativa de los indianos montañeses de Cuba, precediendo al Centro Montañés de La Habana (1920).

Dado el poder económico y social de los partícipes de Centros y Sociedades, parece lógico pensar que la creación de una revista a través de la cual fijar su estatus para con la colonia montañesa de Cuba y que permitiría hacer llegar a sus paisanos en España sus logros y recuerdo estaría entre sus prioridades. Así fue. El principal promotor de la revista fue Laureano Falla Gutiérrez, presidente del Casino Español y portavoz de los intereses españoles, auténtico poder fáctico de la isla²⁵. Junto a él se encontraron hombres de las letras y de la cultura tanto en Cuba como en Cantabria, como el poeta Francisco Basoa Marsella, el escritor Mariano de la Lastra Aramberry, el crítico y músico Alfredo Wunsch, los González de Riancho (a quienes se debe la primera propuesta de lábaro cántabro), etc. Quizá sea por ello que en *La Montaña* aparece todo el repertorio iconográfico del imaginario regional montañés, tanto escrito como pintado y fotografiado. Sin entrar en detalles: paisajes, actividades agrarias y del hogar, trajes típicos y estampas familiares, sin olvidar los deportes o las pequeñas villas y aldeas con su arquitectura vernácula.

La Montaña y otras revistas alcanzaron gran difusión en una comunidad (la montañesa) para la que la prensa jugaba un papel importante. Contamos con estudios que muestran que ya a mediados y finales del siglo XIX las familias con miembros a ambos lados del Atlántico compraban y se prestaban libros con asiduidad, y estaban suscritas a periódicos y revistas que permitían mantener una corriente de información más allá de la correspondencia²⁶. Incluso el marqués de Valdecilla, cuyo desinterés por las artes y las letras fue notable, leía puntualmente los periódicos a los que estaba suscrito²⁷.

En *La Montaña* puede encontrarse una buena síntesis de lo que fue la concepción de la región durante el periodo estudiado, un vergel natural en el que el papel reservado a las personas era el de perpetuar las tradiciones legadas por sus antepasados. Una visión tradicionalista que incorporó elementos de nuevo cuño (las citadas tradiciones). Como señalaba el escritor indiano Jesús Amber Arruza, en *La Montaña* “la naturaleza cobra la ingenua evocación de un canto de rústica latinidad” y se podía disfrutar de “la visión del paisaje natal y el recuerdo lozano, inextinguible, de sus valles y de sus cumbres, que dan al viento su hirsuta cabellera de hayas, castaños y robledades; de sus praderías jugosas y fértiles y sus cielos nostálgicos”²⁸. Un paisaje marcado por la lluvia y el cielo gris, ya completamente desligado del imaginario castellano y sus paisajes, que desaparecen de la literatura salvo como elemento de contraste. Si a comienzos del siglo XIX Cantabria era considerada una región favorable para los cítricos y los baños, la imagen de tierra húmeda y fría fue abriéndose paso hasta conseguir que el marqués de Valdecilla afirmara en noviembre de 1923 que disfrutaba de “un hermoso tiempo Montañés. Lloviendo con frío

²⁵ Antonio SANTAMARÍA GARCÍA: *Sin azúcar no hay país. La industria azucarera y la economía cubana (1919-1939)*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de estudios hispano-americanos – Universidad de Sevilla – Diputación de Sevilla, 2001, p. 351.

²⁶ Rosa María BLASCO MARTÍNEZ y Carmen RUBALCABA PÉREZ: “Para hablarte a tan larga distancia...”. *Correspondencia de una familia montañesa a ambos lados del Atlántico (1855-1883)*, Santander, Ediciones de Librería Estvdio, 2003, pp. 13-17.

²⁷ Ramón PELAYO DE LA TORRIENTE: Carta de Ramón Pelayo a Pedro de la Torriente (8 de mayo de 1920), Archivo Municipal de Medio Cudeyo, *Sección Ramón Pelayo*, legajo nº1, libro copiadador de cartas nº2.

²⁸ “Galería de personalidades montañesas: señor José Torres Bustamante”, *La Montaña*, 22 de junio de 1924, p. 11.

y nieve”²⁹. Esta caracterización convivirá con el estatus de Santander de capital del veraneo regio, compaginándose ambos incluso en la publicidad turística.

Otra muestra del poder de la prensa para fijar el imaginario regional es el proceso de popularización de las danzas. Entre todos los bailes existentes en la Provincia de Santander, las que llamaron la atención de músicos e intelectuales vivieron una transformación completa tanto en el fondo como en la forma. Una recreación, si no creación directa. Es el caso de la “Baila de Ibio”, resultado de la actuación de la escritora Matilde de la Torre, quien tomó un romance de siglos de historia y lo transformó totalmente, acentuando los aspectos más espectaculares y preparándolo para ser representado como espectáculo de masas³⁰. La revista *La Montaña* difundió estos bailes como elemento puramente montañés, cuando realmente acababan de ser creados.

La prensa contribuyó también a la consolidación de la región como entidad cultural a través de iniciativas como los Juegos Florales Hispanoamericanos que se celebraron en la ciudad de Santander en agosto de 1923. Estos juegos, promovidos por indianos y periodistas, entre ellos los partícipes de *La Montaña*, pero también el indiano mexicano Tomás Rivero, propietario de *El Cantábrico*, equipararon la Montaña con el resto de regiones españolas³¹. En la misma línea se puede enmarcar la fallida participación de La Montaña en la Exposición Iberoamericana de 1929, a la que la Provincia de Santander, sus autoridades, la prensa y los indianos acaudalados pretendieron acudir como una región más, cuando la organización nunca contempló que Santander concudiese desgajada del resto de provincias castellanas³². El periodo comprendido entre una y otra iniciativa será, además, el de mayor influencia de los indianos en la política montañesa.

Conclusiones

Como se ha podido comprobar, la emigración a América fue un fenómeno de enorme importancia en la Provincia de Santander. El enriquecimiento de algunos de esos emigrantes, los conocidos como indianos, creó un nuevo grupo de poder que, una vez retornaba a su tierra, competía con la burguesía y redes caciquiles locales. Estos indianos, además, debieron su fortuna en gran medida a las innovaciones tecnológicas y al cosmopolitismo. El sentimiento de apego a su tierra se manifestó por el contrario como un deseo de retorno a una región impertérrita pese a la modernización vivida durante el siglo XIX. Una situación paradójica, pues la imagen idealizada que fueron conformando contrastó con una región industrializada y cada vez más urbana, en la que la modernidad se fue abriendo paso hasta las poblaciones más apartadas.

A la par, en la literatura se recurrió a lo rural y lo regional como solución a las tensiones generadas por la modernidad económica, social y política y sus conflictos, tomándose una serie de rasgos representativos como característicos de una determinada región y popularizándose y difundiendo. En el caso cántabro, los indianos participaron en ese proceso como lectores de novelas y prensa, como apoyo de las iniciativas culturales

²⁹ Ramón PELAYO DE LA TORRIENTE: Carta de Ramón Pelayo a Vicente Portilla (10 de noviembre de 1923), Archivo Municipal de Medio Cudeyo, *Sección Ramón Pelayo*, legajo nº2, libro copiadador de cartas nº1.

³⁰ Fernando GOMARÍN GUIRADO: “La Danza de las Lanzas” en *Cantabria y su transformación a partir de Matilde de la Torre*, Santillana del Mar, Obra Social y Cultural de Caja Cantabria, 1991, p. 2.

³¹ “El homenaje a Andrés Eloy Blanco”, *El Cantábrico*, 31 de agosto de 1923, p. 1.

³² “El pabellón montañés en la Exposición Iberoamericana”, *El Cantábrico*, 19 de junio de 1928, p. 2.

relacionadas y, de manera activa, como escritores mismos aportando su visión. Este imaginario regional, no exento de incompatibilidades y tensiones, asentó un conjunto de rasgos típicos que a día de hoy siguen considerándose característicos de Cantabria. La prensa en general participó en el proceso de fijación y difusión del imaginario regional, y la prensa montañesa de América no fue una excepción. La revista *La Montaña* es un buen ejemplo de ello.

Esta contribución fue clave dado el poder económico que los indianos detentaron y su capacidad de influir en múltiples campos de la vida montañesa, especialmente en un periodo crucial en lo que a la delimitación del espacio de la Provincia de Santander dentro de España se refiere. Una época de progresivo alejamiento de Castilla y lo castellano y en el que por primera vez la intelectualidad regional miró hacia los valles interiores y los asumió como propios.